

Nuestro rencor proviene del hecho de haber quedado por debajo de nuestras posibilidades sin haber podido alcanzarnos a nosotros mismos. Y eso nunca se lo perdonaremos *a los demás*.
E. M. Cioran

El conocimiento implica muchos caminos, su advenimiento y avance pueden evaluarse empleando los más diversos parámetros. En el caso particular de los mecanismos de producción y exposición del conocimiento en la vida universitaria, sobresale particularmente un atributo crucial que facilita e incentiva las potencialidades generales pero especialmente las del campo de la investigación. Ese atributo es la publicación de revistas científicas arbitradas. Ellas dinamizan la orientación estática de los claustros universitarios dando una dimensión proyectiva a la docencia, ya que este tipo de publicaciones señala claramente el marco donde el trabajo académico se desborda más allá de las aulas para impregnarse de una perspectiva totalizadora que se abre a un amplio abanico de posibilidades, haciendo que las instituciones entren en el circuito que debate el saber alrededor del mundo y que sus miembros dialoguen no sólo con sus pares de la comunidad científica sino que, al expandir sus metas, esta búsqueda los lleva a considerar con mayor interés las necesidades de sus entornos sociales viendo en ellos un laboratorio prolífico en donde enfocar el esfuerzo investigativo, dando a la vez respuesta a las necesidades que dichas comunidades puedan tener.

Visto así, resulta evidente que las publicaciones arbitradas son un bien al que aspirar si se quiere elevar la calidad y la incidencia funcional de las instituciones de educación superior. Pero, paradójicamente, suele suceder que desde el interior mismo de éstas se erigen posiciones herméticas que atacan a estos instrumentos del conocimiento, niegan su valor y se obstinan en menospreciar el cimiento racional que las revistas otorgan el cual, en muchos casos, es capaz de estremecer el letargo institucional en el cual dormitan algunos centros universitarios.

Revisemos un caso como muestra. El suceso es escueto y revelador. Un profesor de nuestro tecnológico consideró en pública reunión que esta revista "debe desaparecer", que él "la bota a la papelera cuando la recibe", su flácido entender parece apuntarse en el hecho de que publicar aquí conlleva un cierto grado de dificultad que no permite incluir a todos. Este simple punto de vista podría quedarse en una anécdota más del patio local, pero cabe la posibilidad de la trascendencia si lo entendemos como reflejo de un contexto mayor, el peligro radica en que existen visos de ser una política nacional que considera viable, aceptable, recortar y bloquear recursos a universidades y

tecnológicos con “Normas de austeridad” (aplicadas sólo a la Educación, no así a otros renglones), paralizando de esta forma las partidas para investigación y publicación lo que, evidentemente, va a contrapelo de las líneas y procesos mundiales que invierten cada día más en este vital sector. Entonces, ¿cómo entender estos proceder que rechazan y condenan lo connatural a la vida universitaria?

El dictamen a “desaparecer” es una singular sentencia, no es una opinión previsible de alguien imbuido en este medio pero, si hemos de aventurar conjeturas, sólo dos motivaciones veo como plausibles: la arrogancia propicia al poder o una insondable ignorancia. Por respeto a la profesión docente me inclino hacia la primera y desecho de plano la segunda. Pienso que no requiere mucho esfuerzo interpretar lo sucedido como un signo más del momento que vivimos. Tal vez sea la creencia en una igualdad desdichada que confunde el acatamiento a un referato con un signo de inequidad, de abuso sobre el conocimiento personal; o tal vez estemos presenciando un camuflado giro de prepotencia que, tozudamente, reniega de cualquier opinión especializada porque, “¿quién es capaz de evaluar lo que yo y solamente yo he de saber?” Son conjeturas pero, apartando cualquier suposición al margen de lo sucedido, lo propiamente cierto es que la manifestación pública de opiniones tan tajantes dice mucho del retroceso de ciertos sectores universitarios, es la evidencia de un pensamiento relegado y obsoleto que pretende someter, sin la más mínima discusión, sin argumentos racionales, los postulados de la ciencia al señorío de endebles *remakes* ideológicos. No obstante y en este caso particular, supongo, no sin un tinte de agónica esperanza, que es la expresión de una clara minoría docente; minoría que lamentablemente sigue el juego de despreciar lo que con denuedo y seriedad producen quienes desde la penuria e insuficiencia universitaria hacen investigación.

¿De dónde proceden estos aires a contramano? Me viene a la memoria un capítulo de la Historia que siempre me ha parecido iluminador porque desnuda la paranoia tras el poder. Los afanes intolerantes muchas veces se han cernido insidiosamente sobre las letras y sobre lo escrito. Así fue en los primeros tiempos de esta tierra de gracia, en los albores de la América. La iglesia fuertemente arraigada a la jurisdicción de los Reyes y Emperadores censuró sin sutilezas todo discurso que pretendiera erigir a la imaginación como centro del relato, se fustigó al que intentara fabular porque temían el hecho de que las ideas contaminaran de falsedad las “verdades” de la fe, era el dogma transfigurado en despotismo. Se puede ser benévolo, ampararse en la plática del bien y, a la vez, castigar sin contrición a todo aquel que vea de manera distinta otra faceta de lo que consideramos la verdad. Así, unos pocos años antes de morir, Carlos I de España (1516 - 1556) produjo desde el monasterio de Yuste, a donde se retira cual moribundo anacoreta, un edicto

que condena la imaginación a los designios del poder: América debe quedar libre de los estragos que la ficción hace a la legitimidad divina que él resguarda, de esta manera prohibía la lectura de *“libros de romances de materias profanas y fabulosas así como son libros de Amadís y otros desta calidad de mentirosas ystorias”*.

No quisiera afirmarlo pero creo ver en el acto de vedar caprichosamente la integridad de las revistas arbitradas un prejuicio, una reverdecida versión de esa vieja intolerancia castiza arriba señalada, una obcecación que exhibe su beatería de nuevo cuño al arremeter contra el saber, contra la escritura científica y su absoluta necesidad de gradación para que, en el caso de los artículos de investigación, se elimine el arbitraje consagrado desde el siglo XVII como un método difícilmente superable. Decía Tomás Eloy Martínez que el “poder solo puede escribir la historia cuando ejerce control sobre quien ejecuta la escritura, cuando tiene completa majestad sobre su conciencia”. Arreciar contra un orden planetariamente estatuido, zaherir un proceder tan evidente del que apenas se duda, se encara como un espectáculo maniático que arrastra los símbolos del comprender y el discernir, juego trágico de un destino sin norte académico contaminado de fanfarria y fatuidad, de fervor lacayo, simulando oficio donde sólo hay una enorme caricatura que apuesta ciegamente al dolo, al fraude y al fracaso. Sobre ese espacio de sombras que opera la sinrazón debe colarse, como impetuoso rayo, una luz de conciencia que rasgue la asfixiante realidad.

Pero ¿cómo evitar que estas historias de penumbras cotidianas nos arrojen en su tumulto, en su aluvión desquiciado? ¿Qué papel nos toca a los editores representar? ¿Cuál vendría a ser la circunstancia que nos redima? Pocas ilusiones nos hacemos. Sabemos que al publicar desde los patios universitarios, desde estas pequeñas, minúsculas aventuras editoriales, se está condenado a un sinnúmero de dificultades que no escatiman los tropiezos. Cualquiera sea el esfuerzo que se haga siempre contará con una vara colocada por encima de las posibilidades reales. Continuar implica quemar una a una las naves sin por ello hacer declinar en un ápice la eventualidad del naufragio, por el contrario, a cada intento la exigencia se agudiza tornando más propicio su arribo, pero, incluso a sabiendas de ello, nos preguntamos: ¿Cuál es la opción? ¿Desistir, dejarse arrastrar por la abulia, sucumbir a una mórbida rutina, descansar en la comodidad de sentirse vencido de antemano? ¿Declararnos incompetentes para hacer visible lo poco o lo mucho que pueda investigarse en estos predios? ¿En realidad es una opción “botar” la revista porque nuestros intentos no puedan estar en el rango, en la frontera de la avanzada científica, o para proseguir debemos recitar los caprichos de un discurso hegemónico? ¿Son esas soluciones?

La búsqueda de la calidad será siempre un fin, no podemos ceder en este punto. Hacer concesiones en lo referido a un riguroso control del arbitraje sería negar de plano la esencia de este trabajo. No lo haremos. Aun así nada garantiza que se roce la excelencia. Las satisfacciones vienen desde otro recinto, ocupan regiones más modestas del carácter. Hacer bien las tareas que emprendemos convoca un registro de bienestar para el cual no existe coacción posible. En escenarios como estos acude a mi mente **La Resistencia**, ese libro agónico que Ernesto Sábato escribe en su vejez y que erige como argumento central, ante los embates de un tiempo convulso, el recurso a prevalecer anclado en valores eternos, humanos, la necesidad de resistir por amor a lo que creemos. Esa resistencia debe ejercerse ante la presión que empuja por hacer desaparecer lo bueno, y emprenderla como lo hizo Séneca, luchando desde la absoluta convicción del bien alejado de todo vínculo material, a sabiendas de que lo verdaderamente valioso está dentro de los hombres, él afirmaba: “Llevo conmigo todos mis bienes, es decir, la justicia, la virtud, la prudencia, la templanza y la hermosa resolución de no estimar como bien aquello que pueda ser arrebatado... Ningún bien aprovecha a quien lo posee, si no está decidido a perderlo cuando sea necesario.”

Podría mañana **Voces** desaparecer pero otra de igual tenor, o mejor, vendría a sustituirla. No es la revista, su impresión editorial, lo que únicamente defendemos. En nuestra pequeña escala somos en realidad garantes de un bien mayor: la energía indomable del conocimiento universitario, es decir, la superación, la búsqueda de lo mejor del ser humano.

Y eso ya no es tan fácil de tirar a la papelera.

Cinco excelentes trabajos empuñan la Resistencia en esta entrega. Abre nuestra sección de Pensamiento el trabajo **Responsabilidad social de la Educación Superior: Una visión para América Latina y El Caribe**, del Prof. Javier Bracho, que diserta sobre el compromiso que debe asumir la educación superior para avanzar hacia sociedades más equitativas que enfrenten los graves problemas que aquejan a nuestros pueblos, y donde el rol universitario debe enfocarse a la construcción de los valores que creen una cultura de paz. Lo sigue una contribución de Mariza Josefina Rodríguez (cursante del doctorado en gerencia UNEFA), **Desarrollo local: una perspectiva trans-compleja**, quien hace uso de la teoría de la complejidad para esbozar un nuevo modelo de desarrollo que partiendo de un Estado menos interventor posibilite la integración de las variantes políticas de estado, sociedad y mercado para trastocar el orden social existente hasta llevarlo al caos y, desde allí, reconstruir un nuevo desarrollo más equilibrado. La tercera voz está a cargo del profesor Ramiro Prato Vicuña, (IUTE-Ejido) quien nos presenta un interesante artículo, **Quito: La ciudad y su patrimonio histórico cultural**, el cual versa sobre la importancia de adoptar una conciencia de sostenibili-

lidad que permita, mediante acciones legales, la protección y conservación del patrimonio cultural de los pueblos lo que, en el caso de Quito, se muestra como un ejemplo sobresaliente a seguir para, incluso, mejorar la calidad de vida de los pueblos. La sección Tecnología se inicia con el trabajo ***Diseño de un sitio web como herramienta para divulgar y facilitar la producción de conocimientos en la gestión comunitaria de riesgos socionaturales***, lo presenta la T.S.U. en Manejo de Emergencias y Acción contra Desastres (IUTE), Jeyvé Maldonado R., expone la construcción de una herramienta informática que tiene como finalidad sistematizar y coordinar de forma eficiente la información producida por todos los actores sociales involucrados en eventos de riesgo natural; por último, cierra esta entrega el trabajo del Lic. en Educación Joan Fernando Chipia Lobo, (UE Bolivariana “Genarina Dugarte Contreras”), titulado ***Propuesta para la enseñanza de Estadística en primer año de secundaria mediante resolución de problemas***, el cual muestra el diseño de una propuesta pedagógica destinada a mejorar los procedimientos de enseñanza/aprendizaje facilitando las nociones básicas de Estadística mediante la resolución de problemas.

Como es costumbre en ***Voces: tecnología y pensamiento***, invitamos a un espíritu creador para que su obra realce nuestras páginas, en esta oportunidad contamos con la colaboración del artista César Rojas, quien tiene una larga y reconocida trayectoria en la plástica venezolana logrando premios y menciones en salones y bienales nacionales e internacionales. Las obras que ilustran este número sobresalen porque hacen de lo cotidiano el leitmotiv de sus pinturas. Al observar cada cuadro nos ataja una historia de las que vemos a cada momento, son imágenes de la calle o de la intimidad pero plenas de lo más habitual, de lo más común. Estas imágenes prescinden de la preponderancia del dibujo, su esmero va hacia un cromatismo intenso que prácticamente se fusiona a la figura dejando apenas margen a los contornos, este uso especial de la materia pictórica refuerza al máximo el instante semántico, su personajes, sus desnudos, los perros o los objetos nos enfrentan en un desafío visual que nos invita a retrotraernos hasta la escena diaria, a recobrar la expresividad feroz de lo que en todo momento miramos sin ver. El impacto visual lleva la situación a superar la simple denuncia proponiendo una conexión con el ser que puede hacernos, como espectadores, desandar de lo sensible a lo grotesco, de lo más gris a lo más sublime en el espectáculo de lo humano.

Apreciado lector, esperamos que la lectura de ***Voces: tecnología y pensamiento*** sea de su agrado e interés.

José J. Quintero Delgado

Director - Editor